

EDUCACIÓN POLÍTICA PERSONALISTA

Teófilo González Vila

*Las siguientes consideraciones constituyen las dos primeras partes del trabajo preparado por el autor como base para la exposición de una ponencia con el mismo título en las IV Aulas de Verano del Instituto Emmanuel Mounier (Burgos, julio de 1993). **

1. ¿Para qué política?

1.1. Vocación personalista, vocación política. Educación política: ¿para qué política?

La vocación personalista es vocación política: entraña esencialmente la apremiante llamada a un tipo de compromiso y actividad que han de considerarse *políticos*, en sentido propio. La respuesta a esa llamada puede darse en diversos planos, revestir diversas formas. Pero en cualquier caso tiene sentido preguntar si se requiere para ese tipo de actividad alguna formación específica. ¿Se trataría de una especie de formación profesional específica *neutra* utilizable al servicio de cualquier proyecto?, ¿no se derivan de una concepción personalista exigencias a las que ha de responderse ya en ese momento formativo? Preguntarse por una educación política personalista supone así preguntarse por la política misma. Y, en efecto, hay que empezar por tener claro de qué estamos hablando.

1.2. La política, cosa de todos. La política, cosa de algunos: la política-política.

En un sentido amplio, pero no impropio, todos estamos —eso no depende de que lo queramos o no— en política en virtud de una dimensión constitutiva del ser-persona. Y, por lo mismo, toda *educación* en *general*, se pretenda o no expresamente, es siempre necesariamente también educación política. Las bases de la educación política general lo son también de la educación del *político* o para la *política* en su sentido más específico. Hay, pues, un sentido propio de *política* en el que ésta es cosa de *todos*. Pero hay una política que no es ya cosa de todos, sino de algunos, la política en su sentido no ya propio, sino más espe-



cífico y estricto: aquel ámbito y actividad que dice relación al cuidado especial, profesional o cuasi-profesional, que *algunos* asumen de la *res publica*, la cosa de todos.

La política en el sentido específico y estricto, la política-política, se sitúa en el plano más alto del entramado de relaciones estructurantes del todo *sociedad civil*. Ese orden relacional, superestructural, general y central, del todo social, constituye el *ámbito material* sobre el que discurre la acción específicamente política en su sentido más propio y de uno u otro modo, *ordenación* del todo socio-civil en cuanto tal; y es ordenación en dos sentidos fundamentales del término: en cuanto *organización* racional de medios para la consecución de un fin; y en cuanto imperio o *mandato* que prescribe al todo, a todos sus integrantes, en función del todo, determinado funcionamiento, determinados comportamientos. El *fin específico* al que se orienta y ordena la actividad del todo social es el bien propio de tal comunidad, el bien común público. El *poder político* es en sí el derecho, cuyo *titular* es el todo socio-civil, de conducirse, de conducir a todos sus miembros, armonizando diversos intereses y actividades, a la consecución del bien común público. El *ejercicio* de este derecho, de este *poder* corresponde a quienes dentro de ese todo son investidos como *gobernantes*. *Medio* específico del poder-derecho es el poder-coacción que capacita *moralmente* (legítima) para el uso de la efectiva capacidad física para, cuando sea preciso, imponer violentamente el cumplimiento de lo ordenado. Los procedimientos para acceder al ejercicio del poder responden en el plano teórico a los distintos modelos de sociedad política pensables y en el plano de la praxis a múltiples circunstancias. Y la particular doctrina política que traslucen las anteriores afirmaciones se corresponde con una concepción secularizada democrática de la naturaleza y el origen del poder político.

1.3. Educación política, educación moral.

La tarea política es ante todo una tarea moral. Y la educación política, tanto la *general*, como la *específica* es ante todo educación moral. No somos *libres* para estar o no en política, para tomar o no postura política, pero sí para adoptar ésta o aquélla, aunque sea la más frecuente de no tomar ninguna. La postura política que se adopta responde en último término a una de las dos posibles actitudes morales básicas: la búsqueda de uno mismo mediante la instrumentación de los otros o la búsqueda del nosotros desde la responsabilidad por los otros en una comunidad de personas, de fines en sí: o desentendimiento e instrumentación del otro o responsabilidad por el otro. Una educación política personalista tanto general como específica ha de estar orientada por el mismo propósito fundamental que da sentido a una política personalista: el de empeñarse en la permanente construcción de una convivencia comunitaria, en todos los planos hasta llegar al específicamente político, en la que las relaciones humanas se tejan con el hilo de oro del respeto incondicional a la persona, con la aguja de la justicia, las manos de la igualdad, y sean vela donde empuje el viento de la libertad en rumbo hacia la verdad al calor del amor. Como en el amor se resume, podría decirse que se trata de fraguar en la caridad el nosotros hasta los confines, la dimensión, la altura, centralidad y generalidad de lo propia y específicamente político. Por eso, desde una postura perso-



nalista, es perfectamente coherente pensar la política como organización sistemática de la caridad, por paradójica, ingenua o sospechosa, que pueda sonar a muchos oídos semejante fórmula.

1.4. Política y caridad: construir *estructuras de gracia*.

Considerada en su propia naturaleza la política se nos revela ciertamente como un modo privilegiado de organización no ya sistemática, sino sistemática máximamente superestructural de la caridad. La política se sitúa justo en el nivel en el que corresponde trazar los planos, elaborar y decidir los planes de construcción de la *polis*, de la comunidad o sociedad civil en cuanto tal. Con la altura del plano y la centralidad del orden en el que la actividad política estricta se sitúa se corresponde la amplitud y eficacia de las decisiones que en ese ámbito se adoptan. La política es el ámbito y medio propios para la realización de la macrocaridad, de la caridad estructural. Si se habla de estructuras de pecado, hay que hablar también de *estructuras de gracia, de caridad*. La construcción de esas estructuras es cosa de política. La caridad no es sólo *meta*, en esa vertiente *estructural*, de la política. Es también *motor* que me empuja al compromiso político y, en determinadas condiciones, me lo impone. Es *metro* que mide la calidad de las intenciones y realizaciones. Es *norma*: como cualquier actividad *humana*, la política está sometida a la moral y la caridad es la norma moral suprema.

1.5. Política y caridad: ¿está vd. de bromas?.

Para hablar en estos términos de las relaciones entre política y caridad nos expone a ser, para la mayoría de nuestros conciudadanos, objeto de burla o de sospecha ... «¿Está vd. de bromas?» ... La verdad es que el concepto de política socialmente más extendido no permite ver en ella precisamente el lugar del amor ... La política se presenta, por el contrario, como simple y descarnada lucha por el poder (por conquistarlo, conservarlo, aumentarlo) mediante cualquier medio sin excluir, cuando resulten los más eficaces y puedan emplearse impunemente, los que suponen pisotear la dignidad de las personas y eliminarlas incluso físicamente. Pero no se trataría sólo de que esto es así *de hecho*, sino de que, por exigencia misma de la naturaleza del poder político, no podría ser nunca de otro modo: estaríamos ante una *realidad* intrínsecamente diabólica. Es esencial a la política el poder y al poder la dominación y la violencia ... Habría una absoluta contradicción entre poder político y caridad, entre ética de la convicción y ética de la responsabilidad. ¿Qué hay de cierto en todo esto?

1.6. Peligrosidad y bondad del poder.

Hay que reconocer que trabajar en política es trabajar por y con el poder. Quien quiera *meterse en política* no puede pretender que lo que allí se hace y hay que hacer no tenga relación con el poder político y, en su caso y medida, con la violencia. Porque si lo que hace no tiene ninguna relación con el poder político, entonces eso no es política. Una abrumadora experiencia obliga a reconocer la gravísima peligrosidad moral de la política, pero no a aceptar en modo alguno su intrínseca perversión. El poder aun en lo que tiene de fuerza es en sí un bien que



llegamos a predicar de Dios formalmente (*todo-poderoso* lo llamamos), y en el que podemos ver un trascendental (*omne ens unum, verum, bonum, potens*).

1.7. El absentismo pecador de los puros y trascendentes.

Hay quienes pretenden amparar su *absentismo* político, su falta de compromiso, expresión muchas veces de comodidad o cobardía cuando no de íntima complacencia con el desorden establecido, en razones pretendidamente morales. La objeción moralista contra la entrada en política carece de todo fundamento y la tiene ya bien pulverizada Carlos Díaz en su vibrante y claro *La política como justicia y pudor*. Tampoco puede ampararse el absentismo político en el trascendentalismo escatológico. Hay quienes se sienten justificados cuando no obligados a *pasar* de este mundo, porque éste es un mundo que *pasa* y no tenemos en él morada permanente y, en vista de eso, deciden sentarse, a veces bastante bien acomodados, a esperar *piamente* la llegada del reino de Dios. ¿Cómo se pretende tener parte en ese reino si se ha rehusado tener en la construcción de las estructuras que hicieran posible, más eficiente, más extenso, el dar de comer al hambriento, de beber al sediento, de vestir al desnudo ...?

Nadie, pues, podrá ampararse en pretendidas nobles exigencias morales o religiosas para *escaparse* del compromiso político y mantenerse *incontaminado*. No olvidemos que los hombres sólo pueden tener las manos limpias al precio de tenerlas vacías, con lo cual resulta que se las manchan también de sangrientas omisiones. Otra cosa es que olvidemos la peligrosidad y dureza de la selvática realidad en que se entra. Si meterse en esas lides con el propósito de hacer la caridad es ir como oveja en medio de lobos, conviene no dejar de saber que entre éstos se está. El político personalista habrá de conjugar la sencillez columbina con la prudencia y la cautela serpentina.

1.8. Hay que ser realistas: hacer que despunte lo imposible.

Todo esto quiere decir, en otros términos: hay que mantener la utopía, ser utópicos, sin caer en angelismos y atender a la realidad, ser realistas, sin caer en maquiavélico cinismo. Ser *realista* no es, para nosotros, someternos a la realidad, sino conocerla para transformarla, entrar en ella, *cogerle las vueltas* para forzarla hacia un siempre más allá cualitativo. Ser *realista* supone actuar con flexibilidad sin caer en la infidelidad; y practicar el arte de entrar en *compromisos*, sin avenirse nunca al enjuague de las *componendas*. Frente a la postura escéptica, por una parte, de quien está, dice, *de vuelta*, de bellas palabras, de oníricas utopías consolatorias y la angélica o fanático-fundamentalista, por otra, de quien se lanza a dejar el mundo arreglado antes de que termine su corta biografía y para esto se muestra dispuesto, si cuenta con poder suficiente, a arrasarlo a sangre y fuego, está la postura del realismo esperanzado que sabe la ambigüedad ética de la política, conoce la peligrosidad del instrumento, no se pone los guantes de la fría distancia del desinterés, ante la inevitabilidad de las manchas se mancha pero mantiene su resistencia a enfangarse, la aspiración y el empeño de la pureza ... Frente al estéril frustrante angelismo objetivamente reaccionario de quien se empeña en que crezca lo que ni está sembrado y la heladora desesperanza de quien ahoga los



brotos de un mundo nuevo, está el realismo creador de quien a partir de lo dado y lo posible entrega su vida para que despunte ya lo imposible: imposibles hay —lo sabe— que para dejar de serlo sólo necesitan nuestra capacidad de riesgo.

2. ¿Qué Políticas ?

2.1. Diversas formas y cauces de acción política.

Hay, pues, que comprometerse en política. Pero ¿de qué modo? ... Dentro del campo específicamente político se dan planos, cauces, vías, grados, fases, momentos, de actuación política, distintos según la mayor o menor participación en el ejercicio efectivo del poder político; pero, en cualquier caso, las diversas formas de hacer política y de figuras de políticos se tipifican por relación a las del partido y el político *profesional* (aquel que vive *para* y, ordinariamente, *de* la política), en los que los rasgos de lo específicamente político encarnan del modo más estricto. Qué tipo de actividad política y a través de qué tipo de organización habría de llevar a cabo un grupo como el del Instituto Mounier. ¿Acaso una actividad clásica por las vías organizativas *clásicas*? ¿Habría que pensar acaso en la vía del partido político?

2.2. ¿Un partido? ... ¿Para qué?

Los partidos, según unánime diagnóstico, parecen afectados por una especie de arterioesclerosis progresiva que los incapacita como cauces fundamentales de una verdadera participación política. No se llega a poner en cuestión la necesidad de la existencia de partidos (en plural, por supuesto), pero se coincide en la de renovarlos radicalmente. Lo mismo cabe decir de la totalidad del aparato institucional de la democracia representativa, cuando, entre otras razones, la tecnología de la comunicación permite pensar en formas institucionales de participación más amplia, intensa y directa. Pero, aun cuando los partidos gozaran de la mejor salud en este momento, no parece que se den en absoluto las condiciones en que fuera viable ni aconsejable la constitución o promoción de un partido *personalista* (con independencia de cual fuera su nombre). Puede incluso decirse en términos generales que el partido político no parece vía transitable para un proyecto político institucional con la radicalidad que puede considerarse esencial a una opción *personalista*. Y un partido testimonial, si por tal entendemos aquel del que no se puede esperar en absoluto que reciba respaldo electoral alguno en los próximos veinte años, sería una realidad a la que la consideración de partido político le correspondería como la de librería al establecimiento que se abriera con la seguridad plena de que no se va a vender allí nunca un libro, y sólo por dar a conocer unos determinados autores y títulos: mejor sería decir sencillamente que eso no es una librería sino una exposición de libros. Para que un proyecto de la radicalidad del *personalista* llegara a poder contar con un apoyo electoral políticamente significativo (no absolutamente insignificante), sería necesaria una mutación axiológica de la *opinión pública* tan profunda que no cabe esperar que se produzca sino tras un largo y laborioso proceso de penetración *cultural* en el cuerpo social. No se condena con esto necesariamente la opción de quienes, a partir de un proyecto de



máximos, lo *rebajan* hasta donde es circunstancialmente necesario para poder aspirar con alguna probabilidad a conseguir el poder, algún poder, y esto con el pretexto justificador de que el poder será también el mejor instrumento en la tarea *educativa* que haga posible la aquiescencia futura de la mayoría su programa máximo ... Otra cosa es que en esa *acomodación* realista del programa a las condiciones objetivas, se quede uno con un programa no ya *rebajado* o *aplazado*, sino simplemente *traicionado*.

2.3. Política tradicional *restringida* y formas alternativas: posibilidades y limitaciones. ¿Asistencialismo político? Cuando desde el *tercer nivel* (político) se adultera el primer nivel (asistencial).

Cabe pensar en la posibilidad de realizaciones políticas de signo *personalista* inequívoco a través de una acción política de corte *tradicional*, pero restringida a ámbitos de extensión y altura *limitadas*, así, por ejemplo, en el ámbito y plano municipal ... Esa política de tamaño *humano*, menos expuesta al peligro de que el poder nos haga perder la cabeza de nuestro proyecto, podría constituir experiencia de *contraste*, de eficacia garantizable y alto valor testimonial. Junto a estas formas de actividad política clásica *restringida*, proliferan hoy una serie de fórmulas *alternativas* que adquieren especial relieve en razón justamente de que los partidos, como pesadas y torpes máquinas, ni son capaces de responder con agilidad a los signos del futuro inmediato, por una parte; ni se ocupan, por otra, de los marginados del sistema sino en defensa ... del propio sistema marginante ... En el conjunto de acciones, fuerzas, grupos, sujetos, comprometidos en distinto grado y desde diversas posiciones ideológicas, con una política alternativa hay quien ve el verdadero, aunque *invisible*, *partido orgánico* (en el sentido gramsciano), de efectiva implantación social, portador de la llama de la conciencia emancipatoria, si bien su estado de dispersión le hace padecer graves carencias que sólo pueden superarse mediante *alguna forma institucional*. Estas fórmulas alternativas en cuanto no se enfrentan con la globalidad y centralidad de la problemática política, ni aspiran a asumir la administración general de la cosa pública, no pueden tampoco aspirar a desbancar otras fórmulas tradicionales. Y si lo hacen, difícil será que puedan dejar de adoptar en último extremo la forma institucional del partido.

En el extremo más alejado de cualquier apariencia de poder se sitúan los programas y actuaciones de servicio (asistencial) inmediato a los más indigentes. ¿Resultaría así que terminamos por situar también en el tercer nivel (el político) el llamado primer nivel (de servicio directo asistencial)? Se hace imprescindible aquí una advertencia importante: el servicio asistencial puede tener alta rentabilidad política y puede verse en todo caso también como parte de un proceso de formación política. Esto es cierto y no deja de constituir precisamente un peligro de prostitución del servicio. Hay por eso que recordar constantemente que, como la persona misma, tal servicio ha de ser también siempre, en la intención de quien quiere prestarlo con un mínimo de honradez, fin en sí mismo. El asistencialismo puramente instrumental *político* es, por supuesto, inadmisibles para un personalista.



2.4. Entre la rebaja de lo inmediato y la ardua subida hacia un futuro radical: ¿Acción política o acción cultural?

Gran parte de esas fórmulas alternativas de acción *política* parecerá que *caen* más bien del lado de lo cultural. Se puede ciertamente decir que la política en su sentido más fuerte, estricto, institucionalizado y profesionalizado, se caracteriza también por serlo a corto plazo; y que, en cambio, cuando se emprende una acción política (política plenamente por sus pretensiones globales y centrales de ordenación de la comunidad civil en cuanto tal), pero proyectada a largo plazo, se está ya en el plano de lo cultural. Sea. Pero no puede eludirse el trabajo a largo plazo, cargado de esperanzada paciencia, si se quiere abrir realmente paso a un proyecto político personalista.

2.5. El I.M. con las vanguardias alternativas.

Es en el plano de las fórmulas alternativas donde parece que el I.M. ha de buscar el cauce para su presencia y acción *política*. Sin duda ese tipo de programas y actuaciones de diversa durabilidad, sin soporte institucional alguno o muy tenue, flexibles, sin pesados equipajes infraestructurales, parece el cauce más adecuado para la expresión casi inmediata de un compromiso éticopolítico de corte personalista y para la acción política de grupos radicales, con propuestas que afectan al sistema mismo de valores e intereses a los que sirven o administran las instituciones del *desorden* establecido. A encontrar o *inventar* las más eficaces ha de contribuir la *imaginativa* discusión, la iniciativa y la entrega de los miembros del Instituto. Pueden señalarse como rasgos de su perfil algunas de las características que habrían de tener esas alternativas personalistas de acción política. Habrán de expresar abiertamente la *radicalidad* de la opción por el sur; y esto quiere decir en las presentes circunstancias que han de ser formas de positiva caritativa, propositiva, oblativa, serena, limpia, humilde e infatigable *disidencia* respecto de las bases mismas del Sistema que están en contradicción con los valores personalistas; alternativas para desenmascarar el bello discurso moral y aun expresa, conmovedoramente, personalista, con que puede mantenerse engañada la buena conciencia de algunos bienpensantes beneficiarios del presente desorden real; habrán de ser alternativas frescas, empapadas del acontecimiento, no trazadas sobre la falsilla de ideas acartonadas, por muy audaces que parezcan; alternativas del camino incesante, de la revisión constante, sin caer jamás en el satisfecho instalarse; alternativas del hacer aun oscuro y no del mero predicar brillante o del puro estéril concepto irrealmente perfecto; habrán de ser alternativas que traduzcan en eficacia política el impulso profético alimentado de un gran amor y no sean mero desahogo justiciero del resentimiento y de la envidia ...; han de ser alternativas en las que se acepte el compromiso, sin abdicar de la persona y sin alienarse en dogmáticos alistamientos; habrán de ser unas alternativas que no rehuyan, si preciso fuere, el riesgo de hacer explotar ese tipo de convulsiones que son necesaria *ultima ratio* y que han hecho paradójicamente progresar el Derecho hacia una mayor justicia, hacia un menos imperfecto *orden*; habrán de ser alternativas que no pierdan nunca de vista la *mundialidad* del problema político, porque no hay sociedad ni proyecto humano y, menos *personalista*, que no abarque a la entera familia



humana; habrán de ser fórmulas *abiertas* a la unión comunitaria creciente que permita la acción conjunta y las alianzas de cuantos coinciden en una aspiración emancipatoria común ...

Una política personalista no adquiere su pleno sentido sino en una perspectiva histórica y escatológica ... Somos y nos movemos en un nosotros histórico en camino de una plenitud transhistórica. El personalista cristiano sabe que la historia es un amasijo de pecado y de gracia, misterio de iniquidad y misterio de salvación. Hay que saber que no se alcanza la salvación, que no se avanza en la progresiva construcción de esa ciudad de personas, que es a la vez la ciudad de Dios, sin efusión de sangre ... Pero no se me pide que pierda mi vida, sino para ganarla, plenificarla, alcanzar la felicidad, irrenunciable anhelo, meta y motor de nuestra vida. Se trata de saber que no hay felicidad sino en la del nosotros. Y es así desde ahora. En esta última perspectiva ha de situarse cualquier actividad política que quiera ser respuesta a la vocación personalista. Y para mantenerse en ella será condición necesaria mantener los vínculos con la comunidad, nido y base de lanzamiento ...

Teófilo González Vila.
Del Instituto Emmanuel Mounier.

*Se suprimen también las notas que figuran en el texto original. El sumario de las dos partes que no se recogen aquí es el siguiente: **3. ¿Qué Educación?** 3.1. *Algunas distinciones útiles.* 3.2. *Educación política general.* 3.2.1. *Educación política general. O toda educación es educación política.* 3.2.2. *La instrucción política general.* 3.2.3. *La educación política como educación moral.* 3.2.4. *Valores fundamentales de la educación políticomoral. La responsabilidad política.* 3.2.5. *Valores fundamentales de la educación políticomoral. Igualdad, justicia, libertad, verdad, solidaridad.* **4. ¿Con qué fin último?** 4.1. *Política, moral, mística.* 4.2. *Perder para ganar o la búsqueda, sin maniqueísmo, de la ... felicidad.* 4.3. *A través de una historia de iniquidad, de sangre y salvación.* 4.4. *Educación política permanente: nutridos en/por/con/ una comunidad.*